UNA LENGUA CON ALAS

—¡Alfonso, a desayunar! —llamaba Rosario a su hijo una mañana de un doce de octubre mientras Alfonso contemplaba ensimismado, como era habitual en él, el cielo surcado por las gaviotas desde un ventanal del salón.

—¡Voy! —respondía Alfonso resistiéndose sus ojos a abandonar ese maravilloso espectáculo.

La familia de Alfonso vivía en un pueblo costero en las Rías Bajas de Galicia.

—Mamá —dijo con su mirada enfocada en dirección al continente americano—, los niños de allí, ¿van al cole también? Estarán ahora desayunando como nosotros…

—¡Claro que van también al cole! —le interrumpió Rosario— Pero aún no se habrán despertado porque allí en este momento es más temprano; así que seguirán durmiendo un ratito más.

—Y ¿podría comunicarme con esos niños? —continuó Alfonso pensativo.

—¡Desde luego que sí! —le respondió su madre.

—Pero, mamá… es que… yo aún no sé mucho inglés... —prosiguió Alfonso un poco preocupado.

—No es necesario, cariño, aunque lo irás aprendiendo mejor con el tiempo. ¿Sabías que allí también hablan español? —añadió Rosario.

—¿De verdad, mamá? —contestó Alfonso mirando a su madre con unos ojos que irradiaban ilusión.

Alfonso continuó mirando al cielo en el que volaban las gaviotas, ahora desde una ventana de la cocina, mientras desayunaba. Cuando, de repente, algo chocó contra un lateral del marco de una de las ventanas que estaba abierta cayendo inmediatamente después al suelo.

Ambos se apresuraron a averiguar qué había provocado ese ruido y cuál había sido el objeto caído.

Rápidamente, pudieron comprobar con pena que se trataba de una paloma que había realizado un aterrizaje algo frustrado.

Sin titubear, Rosario levantó con mucho cuidado a la paloma del suelo y entre ella y su hijo la reanimaron poco a poco, asegurándose después de que no estuviera herida.

La paloma abrió sus ojos, sintiéndose al principio bastante asustada; sin embargo, inmediatamente sintió el cariño de las personas que acariciaban su cuerpo y la estaban ayudando.

Sin mayor dilación tras aquel momento de asueto, la paloma intentó retomar el vuelo con la intención de reunirse con sus compañeras; no obstante, una de sus alas había resultado dañada como consecuencia de la caída. De manera que, Alfonso le pidió a su madre permiso para poder cuidarla durante el tiempo suficiente hasta que se recuperara, algo a lo que Rosario accedió complaciente.

Alfonso estaba preparando un lugar cómodo y acogedor para albergar a su nueva amiga cuando percibió que había algo atado a su pata. Parecía un trozo de papel.

—¿A ver? ¿Qué es esto? —se preguntó Alfonso.

Cogió el papelillo, desliándolo apresurado a la vez que emocionado, y se sorprendió al encontrar unas palabras escritas en él, leyéndolas en voz alta: "Hola. Soy Dolores. ¿Cómo te llamas? Vivo en Puerto Rico. Me gustaría tener amigos en España". El trazo de la escritura reflejaba de forma evidente que su autora respondía a una niña de corta edad.

Alfonso no daba crédito a lo que sus ojos estaban leyendo. ¡Era un mensaje que procedía de una niña del otro lado del océano!

Se levantó apresurado para enseñárselo a su madre, elevando su voz por el entusiasmo —¡Mamá, mamá! ¡Es verdad! ¡Hablan español! —E inmediatamente añadió— ¡Ya sé lo que voy a hacer! Voy a hablar con don José para que enviemos mensajes con palomas a los niños de allí. ¿Te parece bien, mamá?

—¡Me parece una excelente idea! —contestó Rosario sonriendo a su hijo con dulzura y orgullo —Pero date prisa y termina tu desayuno para no llegar tarde al cole.

La idea conmovió y encantó a todos, tanto a los compañeros de clase de Alfonso como al resto de alumnos de las otras clases, al igual que a los demás profesores del colegio y, en especial, a don José, profesor tutor de Alfonso, el cual recibió la idea de su alumno con gran orgullo.

Así pues, se pusieron manos a la obra a preparar los mensajes con el fin de hacerlos volar con ayuda de sus amigas las palomas.

—Es verdad, el español tiene alas—. Pensaba Alfonso mientras echaban a volar a las palomas desde el patio del colegio.

Y es por ello que, a partir de ese día, cada doce de octubre, si alzáis vuestra mirada al cielo, podréis ver un espléndido e inmenso arco iris que une ambos continentes hermanos y que es sobrevolado por cientos y cientos de palomas procedentes de diferentes colegios de España y de Hispanoamérica.